

Sevilla, Héctor (2017). “El valor educativo de la vacuidad. Un camino hacia la plenitud”. *Pilares*, vol. 6, núm. 17, pp. 8-11. ISSN: 2007-719X.

El valor educativo de la vacuidad¹

Héctor Sevilla Godínez

Un camino alternativo hacia la plenitud

El valor de lo (in)existente

La conclusión de que el vacío, la ausencia de sentido, la carencia de motivación, la falta de claridad, la ignorancia o la nulidad de poder, son aspectos desagradables que deben evitarse a toda costa, requiere una confrontación y un momento de pausa. Lo más probable es que ningún lector estaría de acuerdo en que una navaja sea “mala” o que deba evitarse la producción de las mismas o que se prohíba venderlas. Obviamente, una navaja puede causar daño dependiendo de su uso, puede lastimar a un inocente o puede generar estragos en alguna parte de nuestro cuerpo, pero adecuada-

mente utilizada se vuelve una herramienta a la que difícilmente se puede renunciar en ocasiones específicas.

Del mismo modo, no podemos desestimar el valor de unas tijeras, un taladro, una sierra, o un bisturí. En otra dirección, para dejar de poner ejemplos tan puntiagudos, podríamos considerar el valor del veneno. Si bien se lo usa para eliminar insectos, puede ser empleado de tal modo que termine siendo dañino para alguna persona y es ahí donde se vuelve perjudicial, no antes. Para muchas personas el internet es algo que debe prohibirse y he llegado a escuchar expresiones tan radicales como la de quien observó que “ha sido el destructor de la juventud”. Naturalmente, el internet es una herramienta de alto beneficio en forma proporcional al uso o a la intención con que es utilizado. Más que prohibir, lo inteligente es proveer la información para

que su utilización pueda ser mayormente benéfica. De tal modo, queda asentado que muchas de las herramientas materiales que son útiles también podrían ser perjudiciales dependiendo del uso. ¿Podríamos considerar los mismos parámetros en nuestra idea del vacío? Desde luego. El vacío puede ser tanto un punto de partida útil como el inicio de la autodestrucción o la incongruencia, según se lo viva o experimente.

Desgraciadamente, no se nos ha enseñado a tratar o “lidiar” con el vacío, tal como se nos ha enseñado a utilizar una sierra o una navaja. El camino común es desacreditar las experiencias de vacío como si nada benéfico pudiera obtenerse de ellas. Al dejar fuera al vacío nos sustraemos de mucho. Es común encontrarse con quien consuela a quien sufre diciéndole “no llores”; con quien alienta a las personas a las que ama pidiéndoles que “no se sientan mal”; con

¹ Para una mayor profundización en esta temática se sugiere consultar: Sevilla, Héctor (2016). *Apología del vacío. Hacia una resignificación de la ausencia*. México: Colofón.



quien motiva a los que lo rodean ante momentos de duda gritándoles algo así como “eres la mejor persona en el mundo”. ¿Qué orilla a estas personas a levantarse abruptamente de sus sillas e ir a consolar a los que perciben cercanos al abismo oculto del cual hay que protegerse? En vez de invitar a evitar el llanto podríamos esperar alternativas que surjan de entre el goteo de las lágrimas; antes que solicitar evitar la tristeza, cabría entenderla como un motivador que impulsa a la búsqueda de lo que se desea o al replanteamiento de los deseos; contrario a considerarnos lo mejor que ha llegado al mundo, podemos entendernos como miembros operativos de una realidad superior a nuestra precariedad y partícipes de un sistema mayor a nuestros egoísmos y afanes.

En múltiples diálogos, sesiones de clase y en varias discusiones académicas me he encontrado con la controversia de los que consideran que hay cosas en el mundo de las que no se puede obtener ninguna utilidad. Recuerdo a quien afirmaba que los virus eran la evidencia de entes que no ofrecen ningún beneficio, olvidando que de algunos de ellos se desprenden las vacunas, por ejemplo. Otro más refirió la inoperancia de la ignorancia y la necesidad de combatirla con una *cruzada* por la educación, sin darse cuenta de que su mismo apasionamiento educativo tenía como punto de partida combatir aquello que él mismo suponía prescindible. Del mismo modo, recuerdo haber escuchado la afirmación de que la religión es siempre improductiva y perjudicial. No considero que eso sea sostenible, a menos que se crea que no se pueden gestar nuevas posibilidades de espiritualidad a partir de las crisis religiosas o que a través de las controversias contra algunos credos no se propician nuevas convicciones. Cualquier creencia requiere de un punto de partida contrario para poder impulsarse. Incluso, si el lector considera que las guerras no han sido provechosas en ningún sentido, podría dirigir su mirada al aprendizaje que el dolor derivado de ellas ha ofrecido a los humanos. En ese sentido, el estudio de la historia (a partir de fuentes fidedignas) aporta elementos fundamentales para dar sentido al dolor de los que nos antecedieron en el mundo.

Asimismo, la pobreza ha permitido a algunas naciones desarrollar sistemas de creatividad financiera o de administración más eficiente de los recursos; a otras naciones

les ha sido útil su ubicación tropical para obtener beneficios del turismo a pesar de que eso suponga movimientos y dinámicas internas dentro del funcionamiento implícito del sistema social. Las crisis o recesiones pueden ser útiles si llevan a un despertar comunitario que impulse a los miembros de un grupo a exigir a sus dirigentes un mejor camino de desarrollo.

Las carencias han sido útiles en las experiencias de vida de muchas personas, las han enriquecido en la medida en que derivan distintos lineamientos o caminos factibles de ser recorridos. Una discapacidad ha sido la ocasión de la que muchos han partido para desarrollar otras habilidades o enfocarse en actividades en las que se desempeñan ágilmente. La precariedad puede ofrecer perspectivas distintas de la vida y orienta al individuo que la vive a enfatizar en situaciones que considere oportunas. Quien ha estado profundamente enfermo sabe que la vida es frágil y a partir de ahí puede orientar su existencia hacia caminos más productivos y benéficos; en caso contrario, puede que requiera enfermarse de nuevo para aprenderlo. Los elementos que todo individuo requiere para equiparse en su viaje en el mundo no siempre están a la vista, pero es el individuo mismo a quien corresponde encontrar, generar o admitir

«Para muchas personas el internet es algo que debe prohibirse y he llegado a escuchar expresiones tan radicales como la de quien observó que “ha sido el destructor de la juventud”.»

tales recursos. Si algo no se ha aprendido se tendrá que repetir la lección. Muchos han otorgado un nuevo significado a su vida

a partir de las rupturas amorosas, el término de sus relaciones o la experiencia de ser defraudados; otros, ciertamente, han encontrado en ello el declive de sus días. Pero no es la situación lo que genera esas consecuencias sino la experiencia del vacío que nos permitimos vivir ante ellas.

Incluso quien más nos ha lastimado puede ser visto como un maestro de vida más que como un tirano al cual queremos destruir. Las personas están ahí para darnos una cátedra (sin darse cuenta) que debemos interpretar oportunamente. El vacío debe ser vivido para poder ser significado en forma adecuada; pero es desaprovechado cuando se niega al intentar llenarlo.

Con todo esto no quiero dar la impresión de que propongo la típica frase de que “no hay mal que por bien no venga”, pues también es posible que los bienes generen un mal, comenzando por su pérdida o que puedan anteceder a algo perjudicial para nuestra vida. Lo que sí quiero decir es que todo aquello que existe puede tener una utilidad en función de la manera en que sea comprendido. Si algo existe es porque tiene un motivo, una razón de ser que quizá no se explique en el momento o



no sea clara, pero que está ahí de cualquier manera. El universo es un sistema cuyos alcances conocemos parcialmente; está por encima de nuestras elaboraciones cognitivas y conceptuales. Por ello, si el universo abarca un espacio para cada cosa existente, es difícil concebir que algo exista sólo por equivocación. No se penetra en las leyes del Cosmos por casualidad. En ese sentido, seguramente puede intuirse, toda vida tiene un motivo y beneficio, incluso las vidas no humanas y toda forma de entidad.

La trascendencia y el vacío

Cuando se utiliza el término *trascendencia*, usualmente se entiende que refiere a un *ir más allá* de algo. Aquello sobre lo cual se debe

trascendencias aunque eso mismo sea contradictorio.

En términos más sencillos, una mujer contemporánea podría mencionar que ha trascendido la necesidad de tener hijos y otra podría referirle que no ha trascendido su egocentrismo y que por ello no desea ser madre; también podría advertirse que la última no ha trascendido la idea de que el egocentrismo es enemigo de la maternidad. Siendo así, como puede verse, la idea sobre la trascendencia no sólo define una palabra, sino la vivencia que sobre la trascendencia misma se tenga. Por tanto, no entiendo la trascendencia como sinónimo de estar por encima de algo tangible sino como un proceso que supone ubicarse en

relación con la contemplación que proponía Juan de la Cruz, místico español, al referir la *noche oscura*. Para entrar en contacto con *lo absoluto* se requiere de una mente vaciada, es decir, una mente que se ha trascendido a sí misma.

Por ello, el vacío que se propone en el misticismo oriental no se asemeja ni vincula con una ascesis maniquea o masoquista en la que lo espiritual se relaciona al sufrimiento físico o la privación de placeres. Por el contrario, la propuesta apofántica (de *apo* = sin, y *phatis* = palabra o lenguaje) de Oriente, no otorga valor a las ideas, imágenes, símbolos y representaciones que se acuñan para el desarrollo interior del espíritu, sino que se orientan hacia el vacío de la conciencia y proponen su limpieza de todo contenido imaginario o conceptual.

La importancia de la meditación radica en que con ella se logra nulificar el empeño que la mente racional invierte en *dominar* e intentar controlar la realidad. La meditación es un proceso hacia la trascendencia del propio pensamiento; en ella se facilita el acceso al Vacío por mediación del vacío. Asimismo, la meditación ha de ser contemplativa, debe centrarse en vaciar a la conciencia de la actividad protagonista y dirigente (controladora) del yo. La trascendencia no es una meta sino un eslabón del proceso del vaciarse de todos los contenidos concretos, sensitivos, imaginativos, volitivos y afectivos. Para lograr el vacío se requiere de la trascendencia y no a la inversa. Con lo anteriormente referido es posible observar una diferencia cultural entre Oriente y Occidente, al menos en su concepción del vacío. Basta recordar que en Japón se considera a lo vacío como algo puro, limpio y transparente; por el contrario, a lo lleno se le entiende como algo sucio, saturado de impurezas. El vacío no se observa como algo negativo, sino como la alternativa de estar libre de condicionamientos y apegos. En esta tonalidad, es sugerentemente cómico el discurso de algunos individuos que refieren sentirse vacíos, afirmando como algo desagradable o contra lo que quieren luchar. Si realmente estuvieran vacíos, en el sentido amplio y místico de la cuestión, tendríamos que felicitarlos. Sin embargo, lo que realmente refieren estas personas es estar *aburridas*, no vacías. No hay un vacío fecundo y productivo sin ejercicio contemplativo. Las recurrentes referencias a las *sensaciones de vacío* no son más que malestares producidos por la



«El vacío debe ser vivido para poder ser significado en forma adecuada; pero es desaprovechado cuando se niega al intentar llenarlo.»

una etapa diferente, donde un estadio previo ya ha sido dejado atrás.

En Occidente, la relación usual entre el vacío y la trascendencia consiste en que debe evitarse el primero para que lo segundo sea posible. De hecho, cuando a una persona se le observa en proceso de trascendencia se le suele vincular a la plenitud que le produce la satisfacción de sus necesidades, como proponía Maslow, o a la realización plena de sí, bajo las lógicas llenas de relieves armoniosos y condescendientes que proponen algunos humanistas seguidores del psicólogo estadounidense referido. Todo lo contrario, el vacío no necesariamente es un obstáculo para el logro de la trascendencia, sino más bien una de sus pautas u orígenes. Esto último que advierto no es novedoso, pues es sabido que lo más importante en el budismo zen es caer en la cuenta del vacío. El *shunyata* es el centro del zen y representa una plenitud que guarda una considerable

ir *más allá* es la cuestión fundamental sobre la cual se asienta el significado que cada uno forje sobre lo que implica trascender.

Se podría decir que se deben trascender las costumbres de un determinado grupo para entonces poder liberarse de él; pero al mismo tiempo, algún miembro de ese mismo grupo puede pensar que lo que debe trascenderse es el afán egoísta de superar o separarse del grupo. Otro más podría decir que lo que debe trascenderse es la idea misma de la posibilidad de la liberación o, incluso, trascender toda posibilidad de



monotonía o la desconexión producida por realizar actividades que no se han elegido realmente a profundidad o con conciencia.

La resignificación del vacío y su avance en la ruta de una consideración más aceptable del mismo es una pauta para la estructuración de una vida mayormente mística. El vacío fecundo en la vida cotidiana se logra paulatinamente con el desprendimiento, la ausencia del apego y la ruptura con las ataduras convencionales, pero no en la destrucción de todo ello. Es difícil ser un humano sin necesidades, pero es posible no estar centrado en ellas todo el tiempo; no es posible vivir sin pensar, pero puede restarse protagonismo a nuestro pensamiento; no hay manera de evitar la interpretación (entendiendo a la hermenéutica como un acto natural), pero es menester que evitemos la categorización de los propios juicios como verdades irrefutables; no hay manera de dejar de desear pero hay formas de evitar que nuestra vida se convierta en un camino fatigoso hacia la consecución de todos los deseos.

El camino hacia la plenitud mediante la vacuidad

En la sección anterior referí a la meditación como pauta de la trascendencia y encaminamiento hacia el vacío. Para que tal meditación sea posible y fructífera, es requerido cierto aislamiento. Sin embargo, la experiencia de la soledad a la que conlleva la actitud de aislarse suele ser temida. La soledad no es real, o no es vivida completamente, si está acompañada de ruido, de distracciones o de pensamientos que quedan anclados sobre los acontecimientos del pasado. Además de la soledad, el silencio otorga elementos imprescindibles para la audición de la plenitud. El ejercicio de aislarse no garantiza por sí mismo la vacuidad necesaria que conlleva a la plenitud. Este es

«Además de la soledad, el silencio otorga elementos imprescindibles para la audición de la plenitud. El ejercicio de aislarse no garantiza por sí mismo la vacuidad necesaria que conlleva a la plenitud.»

uno de los puntos que suelen ocasionar más problemas a los interesados en las cuestiones místicas. La renuencia a la meditación por los requerimientos que la anteceden es uno de los factores que alejan al humano contemporáneo de la vacuidad fecunda. Algunos no se permiten la contemplación por el supuesto de que implica perder tiempo. Aquellos que tienen más fastidio al silencio y a la quietud (incluida la paz que eso puede incluir) son habitados por la ansiedad ante sí mismos, temen dejarse vaciar del todo y se cierran a la experiencia trascendente que eso les proporcionaría. No han sabido reconocer que lo absoluto se comunica con toda su intensidad a través del silencioso fondo que no quieren descubrir en ellos.

Del mismo modo en que solemos temer al silencio que nos conduce a la meditación, tememos a la quietud. Tan acostumbrados estamos al vaivén del mundo contemporáneo que interpretamos, casi automáticamente, que la quietud es sinónimo de parálisis. Nos equivocamos. La quietud se logra tras el suficiente movimiento que la concentración exige. Trabajar sobre las propias distracciones, hacerse consciente de ellas, es ya un movimiento necesario. Queremos estar siempre en acción, sin comprender que la quietud es producto también de nuestra propia energía. Por ello, concebir al vacío como algo a lo que se debe enfrentar y no como una oportunidad que promueve la plenitud, es un error común de nuestra época. Se teme al vacío sin comprender que en él podría encontrarse la respuesta que se busca inadecuadamente en cualquier individuo con apariencia de gurú o en fanfarrones que suelen promoverse con elaboradas

persuaciones mediáticas. Seguimos esperando que la respuesta llegue de afuera, de otro que cree que la tiene.

La plenitud derivada de la meditación que dirige a la vacuidad es una plenitud desprovista de luces y reflectores. Estando ahí son estorbosos los pensamientos elaborados, no se razona sobre algo, sino que se contempla en la oscuridad. Son instantes en los que reina una tranquilidad fortificante y llena de energía, suceden movimientos internos sin alterar la posición del cuerpo. Aparentemente es un estado onírico en el que no hay distinciones y todo se configura de la misma manera. Ahí existe una aparente oscuridad, pero es una oscuridad de la que surge la luz sin destruir la tiniebla. Cuando la visión logra purificarse, la luz puede encontrarse en la oscuridad y a la inversa, ya no hay tales distinciones. Del mismo modo, en la bondad se encuentra la imperfección y se observa la confusión de la maldad, todo se vuelve una línea que une a las partes. El hombre y la mujer son vistos como contenedores de lo absoluto.

La meditación tiene una virtualidad purificadora cuando no busca respuestas sino que permite el silencio desde el cual la respuesta se hace oír. Cuanto mayor es la oscuridad y el vacío, mayores serán sus efectos restauradores, lo cual está en sintonía con el *zanmai* del zen. Semejantes logros sólo son posibles luego de perseverancia, paciencia y constancia. Tales cualidades difieren de lo cambiante, impaciente, parcial y vertiginoso que suele ser el individuo común, distraído por lo que se le presenta en los medios de comunicación y los convencionalismos sociales, pretencioso con lo que sabe pero ignorante de su propia ignorancia.

Educar desde la vacuidad inicia, por tanto, con la valoración de la duda y el encomio de la valentía ante la incertidumbre. No se trata de ofrecer respuestas para que el estudiante "llene" su mochila de conocimientos, sino de orillarlos a la encrucijada de saberse sin certezas, situación que, en el mejor de los casos, forjará su ánimo indagador y la astucia propia de todo investigador.

Héctor Sevilla Godínez

Doctor en Filosofía, UIA
Miembro del SNI (Nivel 1) y de la AFM
Docente UNAG

